

Y sin embargo

Nació y aprendió poco a poco de las tradiciones de sus padres. Como todo en la naturaleza, naturalmente supo la manera de entrecruzar sus miembros, articular las dos regiones de su cuerpo y desplegar un sinfín de rombos tan transparentes y tímidos como fuertes. Paso a paso, rombo a rombo, fue despertando la curiosidad de sus pares quienes, aunque lejanos, se sorprendían y le envidiaban su gran capacidad. Atrapaba los mejores insectos, y se esmeraba tanto en sus diseños que ni el viento podía con ellos.

Hasta que un día de sol, pero de esos en los que el aire pretende enredar al mundo, una ráfaga la separó de su bendito suelo.

Fue entonces cuando creyó reconocer en el murmullo del viento el llamado que la invitaba a tejer sin cansancio. Redes y más redes. Su naturaleza le había dado el don de la seda, solidez que al repartirse se transformaba en un hilo tan resistente como mortal. Y se afanó en rediseñar una y otra vez redes únicas, indestructibles... Y sin embargo...

Fue entonces cuando creyó entender que esa magia tejedora que caracterizaba a su especie era su misión. Creyó encontrar en su pequeña caverna oscura, su lugar en el mundo. Creyó que esa era la mejor manera de colaborar con sus compañeras. Creyó que aquel día de ráfagas la había arrastrado hasta allí con un propósito supremo... Y sin embargo...

Fue entonces cuando creyó saber mirar. Porque tenía ojos. Cuatro pares a falta de uno. Y utilizó su vista para adecuar los rombos en una adecuada medida, calculó los ángulos y sus vértices fueron perfectos... Y sin embargo...

El tiempo fue transcurriendo lenta y rápidamente, como suele transcurrir...

Y el veneno que tan sabiamente la Naturaleza le había donado se fue neutralizando en su propio cuerpo. Sin ser útiles, le desaparecieron poco a poco los palpos, apéndices que sostienen a las presas. Las regiones de su cuerpo estuvieron cerca de fragmentarse porque sin reconocer su fragilidad, continuó moviéndose sin descanso.

Y se olvidó... Se olvidó que cada red tiene su fin. Se olvidó de los insectos que fue apresando con su obra. Se olvidó de alimentarse y enfrascada en su importante misión no notó que sus miembros se debilitaban y siguió actuando por sobre sus fuerzas. Olvidó. Olvidó que cada uno de sus ojos pretendían atrapar, capturar. Olvidó levantar la vista y ni siquiera notó como a su alrededor la tala y el bosque desaparecían, como partían todos los de su especie, como se esfumaban sus admiradores. Arrastró en su tela y en su olvido a quienes agonizaban sin terminar de morir jamás...

Quizás el invierno supo que ya era hora y dejó que el viento piadoso soplara. No fue más que una brisa, pero esta vez ni siquiera se resistió. Aún no estaba muerta pero abrazando tanto su propia seda olvidó desprenderse de ella y ya no pudo salir. Quizás, en un abrazo eterno su red terminará de quitarle el aire contra el que tanto luchó. O tal vez un golpe la despierte, tal vez alguna otra tela la cobije. Tal vez...

Pistas para reflexionar

Tantas veces habremos escuchado sobre el darnos, el luchar con ansias por un fin mayor... ¿y cuántas veces nos olvidamos su porqué? ¿Cuáles son nuestros ojos, nuestras redes? ¿Cuáles nuestras magias? ¿Cuál nuestro veneno? ¿Qué ráfagas nos transportan, nos susurran? ¿Te pusiste a pensar hacia donde te llevan? ¿Te propusiste escuchar a tu alrededor? ¿Te animás a mirar el bosque que te rodea, las redes de los otros, sus existencias?

A veces, confundidos, pretendemos ser los superhéroes que salvan al mundo y nos olvidamos de nosotros mismos. Preocupados por perfeccionarnos, mejorar o incluso ayudar a otros, olvidamos lo esencial, lo que en verdad nos hace feliz. Quizás, olvidamos nuestro suelo, olvidamos detenernos a pensar sobre el porqué de nuestras obras, la misión de nuestra red. Y tal vez, al olvidarnos de nosotros mismos nos olvidamos también de los demás, aunque ellos sean supuestamente los principales destinatarios...